

Marta Sanz

La lección de
anatomía



La lección de anatomía es una novela concebida desde una materia autobiográfica que se revisa críticamente. Intimidad y distancia, violencia y ternura, se dan la mano para configurar un texto intrépido que afronta lo más recóndito de la memoria personal y trata de rehabilitar un género —quizás, la confesión— demonizado en el ámbito de la literatura actual. Una indagación psicológica y sexual, una novela de aprendizaje, en la que la autora es el forense que practica la autopsia y al mismo tiempo el cadáver sobre la mesa del depósito: el cadáver está vivo y la autopsia no es una autopsia sino una vivisección.

Al final de la lectura de estas páginas, se desprende una sensación con la que resulta difícil encontrarse: la autenticidad de un exhibicionismo, de un desnudo, que es valiente y paradójicamente generoso.

La lección de anatomía resulta, pues, una singular novela de aprendizaje, donde brotan recuerdos, sentimientos e ideas: «A los niños hay que pasearlos por la casa diciéndoles que son príncipes. Después ellos solos se convencen de que no y, al salir al exterior, tienen la oportunidad de ser modestos, de darse cuenta de que la vida es ir perdiendo poco a poco —se van gastando las monedas, las fuerzas y la salud— y de que ganar a cualquier precio no sirve de nada, aunque siempre es necesario conservar esas ilusiones que llegan a destiempo o no llegan». ¿Conocemos mejor a Marta Sanz al terminar de leer *La lección de anatomía*? Quizá sí. O quizá no. «El ser humano es su máscara. Ya he mostrado mi máscara», dirá al final del libro. En realidad, es lo que menos importa. Nos queda, sobre todo, un ejercicio, no de autocomplacencia, sino de excelente literatura en ese juego de realidad y ficción que marca muchas de sus mejores muestras. En ese juego muy serio de, en feliz expresión de Mario Vargas Llosa, «la verdad de las mentiras».

A mi madre, antes de que le hagan perder la cabeza.

Parresia (del lat. «parrhesîa») f. * *Figura retórica que consiste en decir cosas aparentemente ofensivas, pero que, en realidad, encierran una *lisonja para la persona a quien se dicen.*

«No decir yo cuando se trata de uno mismo no es solamente perjudicial para la higiene personal del escritor; es también, por el hecho de no anunciar los vínculos que le unen a sus personajes, una manera de traicionarlos, de abandonarlos, de cortarles sus auténticas raíces (...)

Cobardía frente a lo social y a su censura. Sumisión a esta tercera persona que nace en nosotros, como escribió el señor Deleuze.

La literatura sólo empieza, escribe en el tono docto y perentorio de nuestros pequeños papas de universidad, cuando nace en nuestro interior una tercera persona que nos desposee del poder de decir Yo.

Chorradas».

Christophe Donner. *Contra la imaginación*. Espasa Hoy. Madrid. 2000. Págs. 62-63.

Aprender a leer el reloj

Tardé mucho en aprender a atarme los cordones de los zapatos. Por eso, siempre fui una alumna atenta en clase, consciente de mis limitaciones con las matemáticas y de mi falta de habilidad con la costura. No existe una imagen más siniestra que la de una niña con la aguja y el hilo en la mano, concentrada, acercando los ojos a su retalillo, fingiendo ser otra persona, adoptando el escorzo de una anciana corta de vista. El aprendizaje, el descubrimiento, la maravillada perplejidad, el instinto curioso, las bellas palabras con que nos conducen al dolor de desasnarnos, nos colocan sobre una superficie quebradiza, no por lo que no sabemos, sino por lo que nos cuesta aprenderlo: resulta vergonzante exhibir las limitaciones frente a un maestro, de quien buscas aquiescencia y a veces, en las situaciones más neuróticas de la niñez, incluso admiración. Tardé mucho en aprender a atarme los cordones de los zapatos y mi madre sudó para enseñarme a manejar los números quebrados y los decimales. Lo he olvidado todo menos mi propio orgullo herido y la desilusión de mi madre por mi torpeza y por mi lentitud.

Por todo eso, se me hacía un nudo en el estómago al comprobar que se iba acercando el día de aprender a leer la hora en el reloj, antes de que se celebrara mi primera comunión y me regalaran un objeto que para mí sería inútil.

—Enséñame a leer la hora, enséñame.

Insensatamente, les rogaba a mis mayores que me enseñasen, molestando, persiguiéndolos por la casa, impidiéndoles reposar un minuto después de las comidas. De pronto, se acabó el misterio —aunque no el miedo— y to-

do cobró un nuevo significado: menos diez, y diez, antes y después de que la manecilla larga cruce la frontera del doce, los cuartos, las medias. Así, hasta hoy, día en el que vivo una permanente hora en punto que me permite pasear por las calles de mi ciudad como si fuese una turista. Asisto a deshabitadas sesiones de cine a precio rebajado. No cojo los transportes públicos ni voy de un lado a otro de forma mecánica. Me da igual si son y cinco o menos veinte, no tengo prisa por llegar a ninguna parte; tan solo camino para estirar las piernas y dejo pasar el tiempo. Me entremeto por pasajes sin salida y gasto mis ratos en la contemplación de una casa de socorro edificada en la época de la segunda república; puedo detenerme también en los parques de la periferia o en la farmacia de la esquina de San Vicente Ferrer con San Andrés, regocijándome con los anuncios de fumables inofensivos, emplastos porosos, Diarretil Juansé, los azulejos coloreados que aparecen en algunas guías turísticas de la ciudad de Madrid. Puedo ir a un lugar lejano para comprar el pan o entrar en el recinto de una exposición gratuita. La hora ya sólo me importa por mis semejantes y, aunque no puedo pagarme unos zapatos caros o pedir una ración de gambas con la cerveza que voy a beber, me da vergüenza decir que voy alcanzando la felicidad, pese a que enfrentarme a todo el tiempo del mundo ha desencadenado en mí una moderada hipocondría.

A lo mejor es que aprender a leer el reloj no sirve para nada o que, como tardé mucho en conseguir atarme los cordones de los zapatos, aún no sé interpretar correctamente la posición de las manecillas y sigo aprendiendo con extrañas actividades que me impongo para salir de la cáscara. Lo que ahora escribo es un modo de seguir aprendiendo a leer la hora en el reloj, aunque aún no pueda controlar el tiempo para apropiármelo y decidir si es mejor escribir por la mañana o por la noche; para entender que esa presión, alargada desde las últimas horas de la tarde, es la que no me deja dormir. Y es que aprendí muy tarde a atar-

me los cordones de los zapatos y en la escuela fui una de esas buenas alumnas que se creen todo lo que les cuentan. Tardar mucho en aprender a atarse los cordones implica que se vive buscando estrategias para disimular los fallos, como los ciegos que fingen ver para que nadie se aproveche de ellos. Aprender a leer el reloj, la resistencia oscilante, el vértigo y el deseo morboso de adquirir cualquier sabiduría, especialmente esta sabiduría del tiempo y de sus posiciones, no tiene nada que ver con el temor a morir, sino más bien con la intuición de una felicidad que consiste en ser agradecida, en buscar un punto intermedio entre la humildad y la soberbia y en ir aprendiendo a disfrutar cuando se acumulan en el cuarto todos los juguetes. Una felicidad que yo ahora rescato y justifico, escribiendo desde la conciencia de haberme liberado de ciertas ataduras mientras apretaba con más fuerza y voluntad el nudo gordiano de otras. Ahora son las doce en punto. Comenzaré por el principio.

El día del parto de mi madre

El día que mi madre me narró la experiencia de su parto decidí que nunca tendría hijos. Fue mucho más gráfica la descripción de su parto que la apología de mi nacimiento, aunque ella insistiese en que yo era la niña más hechita de cuantos bebés había tenido la oportunidad de ver de cerca. Mi madre, cuando narra, tiende a ser minuciosa; en cuanto a mí, siempre he sabido escuchar y soy mucho más impresionable de lo que a simple vista pudiera parecer. No recuerdo exactamente la edad a la que pregunté a mi madre y ella me respondió. Me acuerdo, eso sí, de que yo ya tenía clara la idea del cómo: los huevos, las semillas, el quererse mucho, el no tomarse la pastilla —a propósito—, los besitos, las flores abiertas y la lubricación natural, las cáscaras rotas, los niños-pep y los espermatozoides nadadores. Tampoco recuerdo si el relato fue la respuesta a mi curiosidad o si mi madre tomó la iniciativa. Sin embargo, sí puedo fijar el instante en el que formulé en voz alta el primer mandamiento de mi declaración de principios: a los once años y delante de mis amigas, juré solemnemente que nunca sufriría un parto y, por ende, nunca sería una madre. Mis amigas me admiraron y una niña mayor, que había puesto la oreja en una conversación que no era la suya, se rió de mí, diciendo que yo aún era muy joven para asegurar tal cosa y que nunca se podía decir que de esta agua no beberé. Era una niña refranera, de las que saben coser sus retalitos — una niña envejecida no es lo mismo que una niña precoz: la primera tiene achaques e inhibiciones prematuras, es represiva y mimética; la segunda es misteriosa, temible, observa-

dora, vital...—, una niña resabiada a la que me alegro de no haberle dado la razón. He cumplido mi promesa y no he bebido de esa agua. Ya no me queda tiempo para arrepentirme y sigo en mis trece con más argumentos que a los once años. Ahora acumulo razones de corte moral, filosófico, histórico y sociológico.

Sin embargo, la causa principal de mi falta de instinto mamífero sigue siendo aquella descripción que no se desarrolló en un solo pase, sino a lo largo de la etapa completa de mi crecimiento. Mi madre no se ponía un día y, cogiéndome del brazo, me susurraba —ella no es dada a los susurros— ven, hija, te voy a contar, sino que las informaciones iban vertiéndose como sin sentir. No se producían esas revelaciones o fracturas del secreto que se utilizan como recurso en las novelas o en las películas. El mundo no se viene abajo de golpe, ni nadie se hace listo de un día para otro.

El relato de mi madre comenzó con las náuseas. Ella, que era una mujer religiosa en aquellos tiempos, dejó de asistir a misa porque el olor del incienso y la contextura de la hostia le producían angustia. Me gusta pensar que yo fui la causa primera del agnosticismo de mi madre. Lo cierto es que ella no se detuvo excesivamente en los síntomas del embarazo. Se concentró en las tres y media de la tarde de un martes lluvioso de otoño; las tres y media de la tarde —ésta es la hora que marcan las agujas del reloj— de un catorce de noviembre de 1967, en Madrid. Mi madre me explicó el significado de las expresiones «no dilatar» y «apretar»; los efectos del suero en un parto inducido; la desproporción existente entre la cabeza de un feto y el orificio de la vagina; las alucinaciones producidas por una sustancia anestésica llamada Pentotal —mi madre tuvo una fantasía vulgar y cursi: ella corre por un prado verde y mi padre la aguarda, como en un anuncio de jabones; es una pena que su experiencia con los psicotrópicos diera tan poco de sí—; me describe también las peculiaridades de un aparato lla-

mado ventosa eléctrica —mi cráneo tiene una impresionante sima en el lado derecho—, la expulsión de la placenta y, sobre todo, me describe la imagen de la sábana roja de sangre que fue la señal de que mi madre se estaba muriendo. Al margen del efecto que este relato matriz produjo en mi formación —hay que subrayar que cada uno transforma el input de su formación como le da la gana y que quizá yo me aproveché de la generosidad informativa de mi madre para justificar mi carencia de instintos—, era lógico que ella me contara estas cosas: yo nunca he estado en peligro de muerte pero, si viajo a un país extranjero, si mi perro se pone malo o si me despiden, siento un impulso irrefrenable por hacer de esa experiencia una narración, lo que no es lo mismo que contarla.

La escena debió de ser espeluznante: una de mis tías abuelas, la tía Pili, mi madrina, entró en la habitación del sanatorio, donde después de los esfuerzos mi madre reposaba, y descubrió que la recién parida se estaba desangrando. Se estaba quedando dormidita. Se moría como quien se dormía. Sin enterarse. Los pelillos de los brazos se me ponían de punta cada vez que mi madre me contaba cómo mi tía le había ayudado a zafarse de las dulcísimas garras de la muerte. En mi infancia, yo no concebía que uno pudiera morirse así, sin enterarse. El sobrecogimiento que me producía la imprevisión de la muerte, la falta de conciencia respecto a la solemnidad del momento, hoy se ha trasmutado en una forma de deseo: ojalá todo el mundo pudiera morirse así, sin enterarse.

Mi madre no tuvo más hijos, porque ningún médico le aseguró que no fuera a quedarse definitivamente dormida después de un segundo parto. El problema se relacionaba con algo llamado «globo de seguridad» del útero. Fue una lástima: ella hubiera tenido tiempo de crear una familia numerosa, porque dio a luz muy joven. Ahora, a veces protesta porque no le he dado nietos. Sus nietos la hubiesen adorado y yo hubiese sufrido unos celos terribles, no por que

mi madre me restara el amor de mis hijos, sino por que mis hijos pudieran restarme el amor de mi madre, a quien quiero por cómo es —fría y caliente, fuerte y frágil, brusca y delicada, ensimismada y pródiga— y por la forma que eligió para mostrarse frente a mí con esas historias que supo contarme; por el esfuerzo del relato; por la conmoción; por la generosidad. Mi madre hubiera enseñado a hablar a mis hijos, contándoles cuentos que no fueran de hadas, sino de la vida pura y dura. A mi madre la fantasía le importa un rábano. Las narraciones de mi madre, su educación en un colegio de monjas, los nombres de las maestras, sus cuadernos de costura, sus vacaciones de verano en un pueblo de Castilla, sus juegos, sus hermanas, sus padres, su noviazgo, su marido —ella nunca dice «mi marido», sólo «Ramón»; tampoco se dirige a él llamándole «papá»—, su boda, su trabajo, su parto, sus pacientes, su salida de Madrid, el abandono de su profesión, su dedicación exclusiva a mí y a mi padre, fueron posiblemente el catalizador de mi precocidad lingüística: según ella, rompí a hablar a los ocho meses, aunque nunca sabré si el dato es verídico o forma parte de las estrategias narrativas de mi progenitora, que puede pecar de exagerada, aunque nunca falte a la verdad.

La exageración de mi madre se reduce al deleite en el relato que, si bien siempre es realista, ha de tener algo extraordinario para despertar el interés; su intuición sobre el arte de contar está muy por encima de la media. A menudo, interrumpe una de sus explicaciones cotidianas, abriendo mucho los ojos y diciendo:

—Pero en un momento determinado...

En ese momento, que te pillas por sorpresa, el corazón te da un brinco y prevés que lo que va a venir a continuación es para echarse a temblar. Por esa misma sensibilidad narrativa, sus compañeras de colegio y de facultad eran mujeres, vestidas de enfermeras de noche, que llevaban sujetadores con cazuelas y aún usaban liguero, de las que mi madre sabía hacer personajes míticos a través de la selec-

ción de un solo rasgo: el verde marítimo de los ojos de Margarita, la estatura desmesurada de Maribel, el desparpajo de Elena, la historia adúltera de Gloria con un profesor casado, la adicción a los Bisontes y los dedos tintados de amarilla nicotina de Maru. Luego apareció Marisa, que protagonizó algún episodio que puso de manifiesto el gusto de mi madre por la escatología, aunque ella se niegue a reconocerlo. El carácter voluntarioso de Marisa se concreta en una escena, en la que, limpiando el culo de una monja demenciada, Marisa refrota y tira de una masa babosa que no se va. Tira de la masa, la retuerce, mientras la monja emite un chillido continuo pero resignado. A la monja se le saltan las lágrimas. Marisa se empeña en hacer bien sus deberes, dejando impoluto el culo de la vieja que, tras este martirio, se ha ganado el cielo más que Santa Catalina, esa virgen a la que los romanos le cortaron las tetas. Marisa recrimina a la monja:

—Madre, madre, usted no tiene mucho amor por la higiene que digamos. No se me queje, madre, no se me queje.

Por fin, alguien —¿tal vez mi madre?—, alarmado por el grito sostenido de la monja, se aproxima y advierte a Marisa que la excrecencia —carúncula, callo, verruga, tumor, cochoa— que no se va, es una almorrana. A mi madre estas cosas le hacen gracia, porque en el fondo conserva un sentido del humor muy propio del gremio sanitario. Así pues, las narraciones realistas de mi madre, una firme defensora de lo verídico y de lo verosímil en la ficción, el continuo proceso de construcción de sus memorias orales, quizás motivaran que yo no pariera unos hijos que no echo en falta y ella sí, pero al mismo tiempo consiguieron que gracias a mi madre aprendiera a contar.

Las narraciones de otros partos que no fueron el de mi madre también fomentaron mi resistencia a perpetuarme en la carne de mi carne. La infancia es un lugar al que se le ha dado excesiva importancia. La infancia y lo que nos pasa

dentro de ella son un buen pretexto para escribir poemas de experiencias extrañadas, en las que los pasillos son demasiado largos, los jardines encierran misterios y la única bofetada que nos dieron en la vida se multiplica en una perturbadora mise en abisme que hace que la cara aún nos duela. El lugar sobrevalorado de la infancia se nos come el presente, con sus revelaciones y sus obscenidades, con su avaricia por apropiarse de imágenes y palabras, con su autoritarismo y su debilidad. Es inevitable: en la infancia se ubican muchas de nuestras primeras veces. Además se suele tener la percepción de que la niñez es el periodo más extenso de la vida: tanto tardaban los años en pasar, que nos quedamos allí, galeotes, resentidos liliputienses, que aún hoy se admiran al observar la propia mano mientras sujeta un libro. La mano exhibe una belleza azul de venas maduras, con máculas de la edad, pero el liliputiense, el galeote, no la reconoce porque le faltan los padrastrós, las uñas mordidas, los restos de bolígrafo y de pegamento reseco.

Así que mi madre fue la primera en darme noticia de estas cuestiones, pero no fue la única: también me ilustró Gloria, primípara añosa que se rasgó desde la vagina hasta el ano; Elena, a quien devolvieron a su primer hijo muerto en una caja de zapatos y para quien, en embarazos posteriores, parir niños era algo parecido a cagar; Alicia y esa comadrona inútil que le colocó mal el suero en la vena de la mano, con la consecuencia de que la mano casi le explota; Nathalie a quien se le reventaron los vasos sanguíneos de la cara a causa de los esfuerzos; Begoña que fue sometida a una cesárea después de estar en proceso de dilatación durante cinco horas de dolores... Todas tuvieron la culpa de que en mis proyectos no cupiera la idea de formar una familia y dejar de ser hija para convertirme en madre. También he de culparme a mí misma, que escuché con satisfacción y morbosidad extrema sus relatos, y me quise enterar de todo y después todo se lo conté a terceros.

Primeros recuerdos

No sé cuál es mi primer recuerdo, aunque sospecho que mi primer recuerdo no es mío, sino un recuerdo de mi madre. No me refiero a que mi primer recuerdo se reduzca a una fotografía mental del interior de su regazo o de su areola, mientras ella me da de mamar y yo le muerdo los pezones. Amamantar a los cachorros, según mi madre, provoca un placer muy relativo. Lo que quiero decir es que mi primer recuerdo posiblemente sea el resultado de una transferencia: la reformulación personal de los relatos de mi madre. Forma parte de mi biografía la imagen de una mujer que acaba de parir y que se va desangrando en la cama del hospital. Veo la habitación en penumbra, huelo el dulzor de las flores, oigo el silbido de las máquinas en funcionamiento de los hospitales y me asusto ante el impacto de la sábana roja. El análisis que mi madre lleva a cabo de mi comportamiento infantil y de mi carácter también forma parte de mi biografía y de algo mucho más trascendente, de mi identidad. En todo caso, atesoro recuerdos precoces: recuerdo el sabor de los plátanos machacados con limón; recuerdo las escoceduras que me producen las bragas de plástico en los muslitos y cómo me apretaba la goma en la tripa; recuerdo el día en que casi muero ahogada entre los resortes de mi trona y el olor del tomate que se cuece despacio en la sartén; recuerdo el estampado de la manta con la que me arropaban y la fisonomía del portero de la casa en la que vivíamos; recuerdo mi propia voz, mi baile con las eles y las erres, mientras canto, engañada por mi madre,